

Plaza pública

para la edición del 21 de abril de 1996

La cicuta

Miguel Ángel Granados Chapa

Mientras el Presidente Zedillo bromeaba en Nuevo Laredo con el gobernador de Tamaulipas, Manuel Cavazos Lerma, por un miniproblema de agua, en la ciudad de México Sócrates Rizzo García ultimaba los detalles de su renuncia a la gubernatura de Nuevo León, cien días después de su conflicto con Cavazos Lerma por volúmenes hidráulicos mucho más importantes, los de la presa El Cuchillo.

En realidad, por eso tuvo que marcharse (y no necesariamente a su casa) el político nacido en Linares el 14 de septiembre de 1945: tuvo varios problemas con los líquidos. Se le obligó a beber la cicuta, como al filósofo ateniense en 399 antes de Cristo, porque lo ahogó el caudal de votos panistas en 1994; porque le faltó liquidez para encarar la crecida deuda pública gubernamental; porque chorreaban sangre y pus de corrupción en zonas cercanas al gobernador; y porque se le acabó el combustible que le permitió moverse en la vida política. Ese combustible, con aditivos y todo, era de la marca Salinas. La inercia permitió al gobernador Rizzo caminar un tramo largo cuando cesó el aprovisionamiento de ese fluido, aunque especialmente en los cuatro meses recientes lo hizo dando tumbos.

Rizzo estaba destinado a florecer al lado de Salinas. Nuevoleonés, como quiso ser el ahora residente en Irlanda, y como él economista y posgraduado en Estados Unidos, Rizzo llevaba a Salinas una ventaja, la de ser un auténtico *Chicago boy*, es decir un alumno de la universidad matriz del monetarismo, la escuela de Milton Friedman, verdadero patriarca de las tendencias académicas en economía que nos han sumido en la pobreza. Por su procedencia escolar, Rizzo hubiera podido encabezar el grupo de jóvenes tecnócratas que se apoderó del mando de las finanzas públicas al final de los setentas. Pero la habilidad política de Salinas, y su adscripción temprana a la clase gobernante le dieron ventaja sobre todos los demás. Aunque el padre de Salinas padeció ostracismo político entre 1964 y 1976, también en materia de relaciones es verdad que tiene más el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece, y Salinas fue capitán de equipo apenas volvió de Harvard.

Rizzo, que trabó conocimiento con Salinas cuando coincidieron en la dirección de planeación hacendaria de la secretaría de Hacienda, quedó incorporado al salinismo durante la campaña de Miguel de la Madrid, cuando el IEPES fue dirigido por Salinas. Y éste lo hizo, sucesivamente, director general en la Secretaría de Programación y Presupuesto, y diputado federal. Con sinceridad mínima, Rizzo prefirió representar en el Congreso a un distrito de la ciudad de México, y no arriesgarse a ser exhibido como desarraigado intentándolo en Nuevo León.

Pero luego fue obligado a cambiar de opinión, al quedar incluído en los designios de su jefe político. Todavía candidato presidencial, Salinas estableció las bases de lo que iba ser un Reich de mil años, como el de Hitler. Desde entonces quedó diseñado un modelo de perduración, uno de cuyos aspectos consistió en que amigos cercanos del aspirante presidencial se orientarían a los gobiernos de sus estados. Así, Otto Granados Roldán iría a Aguascalientes; Rogelio Montemayor, a Coahuila; Manuel Cavazos Lerma, a Tamaulipas; Patricio Chirinos a Veracruz; y Rizzo a Nuevo León. De ese modo se restauraría el modelo de dominación de fines del siglo pasado y comienzos del presente, en que junto al general Díaz prosperaron innumerables porfiritos en las entidades, custodios de sus intereses.

En cumplimiento de ese proyecto, y para reforzar las posibilidades de Salinas en un estado donde se preveía que el candidato presidencial panista Manuel J. Clouthier, líder empresarial y egresado del Tec de Monterrey, tendría sólida presencia, Rizzo fue enviado a dirigir el PRI en Nuevo León. No era elegante el tránsito, pues en cierto sentido Rizzo había optado por una nueva oriudez, la del DF, pero ése era un obstáculo menor para el empuje de Salinas. Por eso mismo pudo hacer a su amigo candidato a la alcaldía de Monterrey, a pesar de que no satisfacía el requisito de residencia demandado por la ley.

Apoyado sin límite, ni recato, por el Presidente Salinas, el alcalde Rizzo se convirtió en candidato natural a la gubernatura. Se quiso, sin embargo, dorar la

píldora, y en marzo de 1991 se puso en práctica una simulación grotesca, en que media docena de precandidatos aparentaron buscar el apoyo de los priístas, que previamente tenía asegurado Rizzo, según era convicción generalizada. Así el presidente municipal capitalino pasó a la gubernatura, donde continuó recibiendo el trato preferencial que le dispensaba Salinas.

En esa relación cercanísima se incubó uno de los principales problemas de fondo de la gestión de Rizzo, el abultado volumen de la deuda pública gubernamental. Siempre que pudo, Salinas otorgó al gobierno de Nuevo León financiamientos directos con la generosidad de quien dispone de dinero ajeno. Y cuando no pudo, alentó la contratación de empréstitos, a menudo en dólares, que comprometió los recursos estatales, en especial cuando el peso se devaluó abruptamente al finalizar 1994. Pero ya desde antes el elevado servicio de la deuda había hecho disminuir de modo considerable el ritmo de construcción de obras públicas que caracterizó al gobierno de Rizzo. Esa dedicación al trabajo material, por otro lado, propició las condiciones para que amigos del gobernador se hicieran contratistas o administradores de las obras. En más de un caso (como en el Fideicomiso Norte, encargado de levantar el puente Solidaridad-Colombia, punto de enlace de Nuevo León con Texas) se puso en duda (y no como chisme, sino ante la ley) la probidad de los directores que, por casualidad, eran todos miembros del círculo cercano a Rizzo.

Las elecciones municipales de noviembre de 1994, ya en la declinación del salinismo, fueron la prueba de ácido para el gobernador. No la pasó. La oposición creció notoriamente, y Acción Nacional ganó los ayuntamientos de la aglomeración urbana en torno a la capital. También ganó el de Monterrey, pero el PRI consiguió torcer los resultados provisionalmente, hasta que el tribunal electoral puso las cosas en su sitio, e hizo alcalde a Jesús Hinojosa. (El caso, junto con el de San Juan del Río, Qro., de trayecto semejante, ha sido enarbolado por el priísmo para callar la boca del PAN, en su recia posición ante Huejotzingo. Se busca decir con simpleza que, si en todos los casos hay que atenerse a los resultados del órgano jurisdiccional, es convenenciero el que acata las decisiones que le convienen e impugna las que le son adversas. Pero en el municipio poblano se cuestiona precisamente la calidad de la resolución del tribunal, se condena el hecho de que esa corte sea no el mecanismo de corrección que debe ser, sino instrumento para adulterar los hechos).

En marzo del año pasado, quién sabe si en connivencia con Rizzo, Salinas escogió un barrio regiomontano como sede de su sainete disfrazado de ayuno político. La breve mascarada llevó al gobernador hasta San Bernabé, a saludar a su amigo y jefe, aunque ese acto de solidaridad debe anotarse en su haber. En su debe hubiera sido inscrita la deslealtad de fingir que ya no existiera su valedor de antaño. Pero como el salinismo ya no era prenda de orgullo, y menos en un Nuevo León especialmente dolido por el engaño de

quien se hizo pasar como orgulloso fruto de esa entidad, Rizzo quedó marcado y expuesto a que en los siguientes meses se juzgara con especial rigor lo que hiciera o dejara de hacer.

Pero fue 1995 el año de su más claro infortunio. Comenzó encauzando mal una actitud plausible en sí misma: el gobierno de Nuevo León financió (y debe aún) la presa de El Cuchillo, para asegurar el suministro de agua a la ciudad de Monterrey. Pero Tamaulipas necesita líquido para riego, y cuando la Comisión Nacional del Agua resolvió en enero entregar a los agricultores tamaulipecos los caudales que necesitaban, Rizzo lo impidió con un recurso de amparo. Frente a dos urgencias atendibles, hubiera debido plantearse una salida equitativa, y no una solución de fuerza, aunque fuera fuerza jurídica. Pero Rizzo la intentó y al final debió desistirse de su acción.

(El contendiente de Rizzo en este lance, su ex amigo y correligionario en el salinismo, Cavazos Lerma, fue anfitrión del Presidente Zedillo el miércoles pasado. En cierto momento, se apagó la voz presidencial, por un breve sofocón, debido a la resequedad de la garganta de Zedillo, atribuída por él mismo, con llaneza pueblerina a que "¡este gobernador no da ni agua!". La frase fue completada, como autocrítica si es verdadera la austeridad que se le atribuye, con esta conclusión: "¡Es más codo que yo!").

Fue más grave la secuela del asesinato de Leopoldo del Real. Ya era indicativo de una desarreglada situación el que el polémico abogado cayera abatido mientras

conversaba con el director de la policía judicial, y que se responsabilizara, después, del crimen a un comandante judicial y aun al procurador, que se vio obligado a dimitir. El asunto empeoró cuando el propio gobernador quedó exhibido como amigo y benefactor de Del Real, que se congratulaba de que el Ejecutivo le hubiera permitido volver a Monterrey (de donde lo expulsó su propio expediente judicial, en tiempo del gobernador Jorge Treviño) "por la puerta grande". La expresión era suya: aparecía en una carta llena de reproches a David Cantú, el futuro ex procurador, donde en contraste se elogiaba a Rizzo. El mensaje obraba en los archivos de la computadora del litigante asesinado, a cuya entraña entró un experto por cuenta del diario El Norte. El gobernador guardó silencio.

Ese mismo periódico asestó a Rizzo lo que fue quizá su última dosis de cicuta. El diario difundió un *sui géneris* contrato de cesión en que la beneficiaria era Celia Fanny Rizzo García. El convenio era escandaloso: la versión femenina de Raúl Salinas pretendía quedarse con la mitad de las tierras de un poseedor que encontraba dificultades para dar definitidad a sus títulos de tenencia. Los apellidos de la bien pagada gestora facilitarían la operación en la que todos ganaban. La transacción fue detenida, en buena hora para la familia Rizzo, pues el escándalo hubiera sido descomunalmente mayor si el predio de marras, en el municipio de Escobedo, pasara a manos de su reclamante, pues el gobierno de Nuevo León alega ser el verdadero propietario de esas hectáreas.

A diferencia de Rubén Figueroa, que guardó poder para influir en el nombramiento de su sucesor, Rizzo tuvo que soportar que al agravio se agrega la ofensa. Lo ha sustituido Benjamín Clariond, que también lo reemplazó en la alcaldía de Monterrey. No pertenecen al mismo clan político, sino que Clariond contó entre quienes intentaron frenar el paso de Rizzo a la gubernatura, en 1991, mediante el recurso de pedir una elección interna. Ahora mismo Clariond amenaza con caminar en la senda marcada por los legisladores locales panistas, que piden que Rizzo sea arraigado para evitar que se aleje del riesgo de procesos penales. Por lo pronto, Clariond nombró apenas en su segundo día de labores, el viernes pasado, al secretario de la Contraloría, como si se tratara de una designación que no puede esperar. Y quizá no pueda esperar.

Burla burlando, ya van cuatro: Rizzo fue el cuarto gobernador elegido constitucionalmente que deja de serlo antes del fin de su período, durante el sexenio del Presidente Zedillo, que en esa línea se anticipaba mucho más mesurado que su antecesor. La tanda comenzó con Eduardo Robledo Rincón, que no duró siquiera tres meses en la gubernatura de Chiapas, aunque en realidad no debió nunca asumir su cargo. Ahora, y a pesar de que tiene todavía licencia, Robledo Rincón ha sido nombrado embajador en tierras menos tropicales que la suya: la República Argentina. Siguió Emilio Chuayfett, único de la serie que se fue por buenas razones, la de ser llamado al gabinete federal, lo que lo dejó en situación de nombrar a su propio reemplazante. Y Figueroa se fue

cuando un video exhibido a los cuatro vientos, y un informe norteamericano, hizo insostenible su posición. Pero se marchó con fuerza suficiente como para ser sustituído casi por su alter ego, por alguien que se le parece.

En Villahermosa sobre todo, pero también en Cuernavaca, la noticia de la dimisión de Rizzo debe haber causado escalofrío, a pesar de los calores de este abril que se cree febrero. Pero deben conservar la tranquilidad quienes se hayan sentido incómodos: Rizzo no renunció por la presión ciudadana. Esa no cuenta. Lo que importa es la conveniencia del grupo que gobierna. Allí se decide a quién se despide y quién se queda.

La cicuta

Sócrates Rizzo tuvo problemas con los líquidos: se le obligó a beber la pócima de la renuncia, pero antes había sido inundado con el caudal de los votos panistas y su gobierno se había manchado con la sangre y la pus de la corrupción.



MIENTRAS EL PRESIDENTE ZEDILLO BROMABA en Nuevo Laredo con el gobernador de Tamaulipas, Manuel Cavazos Lerma, por un miniproblema de agua, en la ciudad de México Sócrates Rizzo García ultimaba los detalles de su renuncia a la gubernatura de Nuevo León, cien días después de su conflicto con Cavazos Lerma por volúmenes hidráulicos mucho más importantes, los de la presa El Cuchillo.

En realidad, por eso tuvo que marcharse (y no necesariamente a su casa) el político nacido en Linares el 14 de septiembre de 1945: tuvo varios problemas con los líquidos. Se le obligó a beber la cicuta, como al filósofo ateniense en 399 antes de Cristo, porque lo ahogó el caudal de votos panistas en 1994; porque le faltó liquidez para encarar la crecida deuda pública gubernamental; porque chorreaban sangre y pus de corrupción en zonas cercanas al gobernador; y porque se le acabó el combustible que le permitió moverse en la vida política. Ese combustible, con aditivos y todo, era de la marca Salinas. La inercia permitió al gobernador Rizzo caminar un tramo largo cuando cesó el aprovisionamiento de ese fluido, aunque especialmente en los cuatro meses recientes lo hizo dando tumbos.

Rizzo estaba destinado a florecer al lado de Salinas. Nuevoleón, como quiso ser el ahora residente en Irlanda, y como él economista y posgraduado en Estados Unidos, Rizzo llevaba a Salinas una ventaja, la de ser un auténtico Chicago boy, es decir un alumno de la universidad matriz del monetarismo, la escuela de Milton Friedman, verdadero patriarca de las tendencias académicas en economía que nos han sumido en la pobreza. Por su procedencia escolar, Rizzo hubiera podido encabezar el grupo de jóvenes tecnócratas que se apoderó del mando de las finanzas públicas al final de los setenta. Pero la habilidad política de Salinas, y su adscripción temprana a la clase gobernante le dieron ventaja sobre todos los demás. Aunque el padre de Salinas padeció ostracismo político entre 1964 y 1976, también en materia de relaciones es verdad que tiene más el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece, y Salinas fue capitán de equipo a pesar de Harvard.

Rizzo, que trajo conocimiento con Salinas cuando coincidieron en la dirección de planeación hacendaria de la secretaría de Hacienda, quedó incorporado al salinismo durante la campaña de Miguel de la Madrid, cuando el IEPES fue dirigido por Salinas. Y éste lo hizo, sucesivamente, director general en la Secretaría de Programación y Presupuesto, y diputado federal. Con sinceridad mínima, Rizzo prefirió representar en el Congreso a un distrito de la ciudad de México, y no arriesgarse a ser exhibido como desarrraigado intentándolo en Nuevo León.

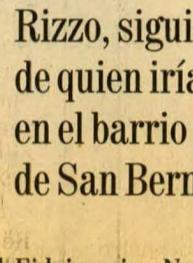
Pero luego fue obligado a cambiar de opinión, al quedar incluido en los designios de su jefe político. Todavía candidato presidencial, Salinas estableció las bases de lo que iba ser un Reich de mil años, como el de Hitler. Desde entonces quedó diseñado un modelo de perduración, uno de cuyos aspectos consistió en que amigos cercanos del aspirante presidencial se orientarían a los gobiernos de sus estados. Así, Otto Granados Roldán iría a Aguascalientes; Rogelio Montemayor, a Coahuila; Manuel Cavazos Lerma, a Tamaulipas; Patricio Chirinos a Veracruz; y Rizzo a Nuevo León. De ese modo se restauraría el modelo de dominación de fines del siglo pasado y comienzos del presente, en que junto al general Díaz prosperaron innumerables porfiritos en las entidades, custodios de sus intereses.

En cumplimiento de ese proyecto, y para reforzar las posibilidades de Salinas en un estado donde se preveía que el candidato presidencial panista Manuel J. Clouthier, líder empresarial y egresado del Tec de Monterrey, tendría sólida presencia, Rizzo fue enviado a dirigir el PRI en Nuevo León. No era elegante el tránsito, pues en cierto sentido Rizzo había optado por una nueva orígenes, la del DF, pero ése era un obstáculo menor para el empuje de Salinas. Por eso mismo pudo hacer a su amigo candidato a la alcaldía de Monterrey, a pesar de que no satisfacía el requisito de residencia demandado por la ley.

Apoyado sin límite, ni recato, por el presidente Salinas, el alcalde Rizzo se convirtió en candidato natural a la gubernatura. Se quiso, sin embargo, dorar la píldora, y en marzo de 1991 se puso en práctica una simulación grotesca, en que media docena de precandidatos aparentaron buscar el apoyo de los priístas, que previamente tenía asegurado Rizzo, según era convicción generalizada. Así el presidente municipal capitalino pasó a la gubernatura, donde continuó recibiendo el trato preferencial que dispensaba Salinas.

En esa relación cercanísima se incluyó uno de los principales problemas de fondo de Rizzo, el abulto

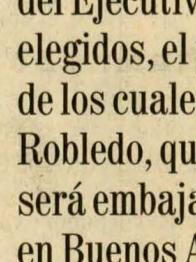
volumen de la deuda pública gubernamental. Siempre que pudo, Salinas otorgó al gobierno de Nuevo León financiamientos directos con la generosidad de quien dispone de dinero ajeno. Y cuando no pudo, alentó la contratación de préstamos, a menudo en dólares, que comprometió los recursos estatales, en especial cuando el peso se devaluó abruptamente al finalizar 1994. Pero ya desde antes el elevado servicio de la deuda había hecho disminuir de modo considerable el ritmo de construcción de obras públicas que caracterizó al gobierno de Rizzo. Esa dedicación al trabajo material, por otro lado, propició las condiciones para que amigos del gobernador se hicieran contratistas o administradores de las obras. En más de un caso (como en



Desde 1981, cuando se incorporó al IEPES dirigido por su joven jefe político, el destino político del gobernador ahora defenestrado, Sócrates Rizzo, siguió la huella de quien iría a ayunar en el barrio regiomontano de San Bernabé.

el Fideicomiso Norte, encargado de levantar el puente Solidaridad-Colombia, punto de enlace de Nuevo León con Texas) se puso en duda (y no como chisme, sino ante la ley) la probidad de los directores que, por casualidad, eran todos miembros del círculo cercano a Rizzo.

Las elecciones municipales de noviembre de 1994, ya en la declinación del salinismo, fueron la prueba de ácido para el gobernador. No la pasó. La oposición creció notoriamente, y Acción Nacional ganó los ayuntamientos de la aglomeración urbana en torno a la capital. También ganó el de Monterrey, pero el PRI consiguió torcer los resultados provisionalmente, hasta que el tribunal electoral puso las cosas en su sitio, e hizo alcalde a Jesús Hinojosa. (El caso, junto con el de San Juan del Río, Qro., de trayecto semejante, ha sido enarbulado por el priismo para callar la boca del PAN, en su recia posición ante Huejotzingo. Se busca decir con simpleza que, si en todos los casos hay que atenerse a los resultados del órgano jurisdiccional, es conveniente el que acata las decisiones que le convienen e impugna las que le son adversas. Pero en el municipio poblano se cuestiona precisamente la calidad de la



Burla burlando, en esta administración que apenas dura 14 meses, han dejado de ser gobernadores cuatro titulares del Ejecutivo legalmente elegidos, el primero de los cuales fue Eduardo Robledo, que ahora será embajador en Buenos Aires.

resolución del tribunal, se condena el hecho de que esa corte sea no el mecanismo de corrección que debe ser, sino instrumento para adulterar los hechos).

En marzo del año pasado, quién sabe si en connivencia con Rizzo, Salinas escogió un barrio regiomontano como sede de su sainete disfrazado de ayuno político. La breve mascarada llevó al gobernador hasta San Bernabé, a saludar a su amigo y jefe, aunque ese acto de solidaridad debe anotarse en su haber. En su deber hubiera sido inscrita la deslealtad de fingir que ya no existiera su valedor de antaño. Pero como el salinismo ya no era prenda de orgullo, en un

Nuevo León especialmente dolido por el engaño de quien se hizo pasar como orgulloso fruto de esa entidad, Rizzo quedó marcado y expuesto a que en los siguientes meses se juzgara con especial rigor lo que hiciera o dejara de hacer.

Pero fue 1995 el año de su más claro infortunio. Comenzó encauzando mal una actitud plausible en sí misma: el gobierno de Nuevo León financió (y debe aún) la presa de El Cuchillo, para asegurar el suministro de agua a la ciudad de Monterrey. Pero Tamaulipas necesita líquido para riego, y cuando la Comisión Nacional del Agua resolvió en enero entregar a los agricultores tamaulipecos los caudales que necesitaban, Rizzo lo impidió con un recurso de amparo. Frente a dos urgencias atendibles, hubiera debido plantearse una salida equitativa, y no una solución de fuerza, aunque fuera fuerza jurídica. Pero Rizzo la intentó y al final debió desistirse de su acción.

(El contendiente de Rizzo en este lance, su ex amigo y correligionario en el salinismo, Cavazos Lerma, fue anfitrión del presidente Zedillo el miércoles pasado. En cierto momento, se apagó la voz presidencial, por un breve sofocón, debido a la resequedad de la garganta de Zedillo, atribuida por él mismo, con llaneza pueblerina a que "este gobernador no da ni agua!". La frase fue completada, como autocritica si es verdadera la austeridad que se le atribuye, con esta conclusión: "Es más codo que yo!").

Fue más grave la secuela del asesinato de Leopoldo del Real. Ya era indicativo de una desarreglada situación el que el polémico abogado cayera abatido mientras conversaba con el director de la policía judicial, y que se responsabilizara, después, del crimen a un comandante judicial y aun al procurador, que se vio obligado a dimitir. El asunto empeoró cuando el propio gobernador quedó exhibido como amigo y benefactor de Del Real, que se congratulaba de que el Ejecutivo le hubiera permitido volver a Monterrey (de donde lo expulsó su propio expediente judicial, en tiempo del gobernador Jorge Treviño) "por la puerta grande". La expresión era suya: aparecía en una carta llena de reproches a David Cantú, el futuro ex procurador, donde en contraste se elogia a Rizzo. El mensaje obraba en los archivos de la computadora del litigante asesinado, a cuya entraña entró un experto por cuenta del diario *El Norte*. El gobernador guardó silencio.

Ese mismo periódico asentó a Rizzo lo que fue quizás su última dosis de cicuta. El diario difundió un *sui generis* contrato de cesión en que la beneficiaria era Celia Fanny Rizzo García. El convenio era escandaloso: la versión femenina de Raúl Salinas pretendía quedarse con la mitad de las tierras de un poseedor que encontraba dificultades para dar definitividad a sus títulos de tenencia. Los apellidos de la bien pagada gestora facilitarían la operación en la que todos ganaban. La transacción fue detenida, en buena hora para la familia Rizzo, pues el escándalo hubiera sido descomunalmente mayor si el predio de marras, en el municipio de Escobedo, pasara a manos de su reclamante, pues el gobierno de Nuevo León alega ser el verdadero propietario de esas hectáreas.

A diferencia de Rubén Figueroa, que guardó poder para influir en el nombramiento de su sucesor, Rizzo tuvo que soportar que al agravio se agrega la ofensa. Lo ha sustituido Benjamín Clariond, que también lo reemplazó en la alcaldía de Monterrey. No pertenecen al mismo clan político, sino que Clariond contó entre quienes intentaron frenar el paso de Rizzo a la gubernatura, en 1991, mediante el recurso de pedir una elección interna. Ahora mismo Clariond amenaza con caminar en la senda marcada por los legisladores locales panistas, que piden que Rizzo sea arraigado para evitar que se aleje del riesgo de procesos penales. Por lo pronto, Clariond nombró apenas en su segundo día de labores, el viernes pasado, al secretario de la Contraloría, como si se tratara de una designación que no puede esperar. Y quizás no pueda esperar.

Burla burlando, ya van cuatro: Rizzo fue el cuarto gobernador elegido constitucionalmente que deja de serlo antes del fin de su periodo, durante el sexenio del presidente Zedillo, que en esa línea se anticipaba mucho más mesurado que su antecesor. La tanda comenzó con Eduardo Robledo Rincón, que no duró siquiera tres meses en la gubernatura de Chiapas, aunque en realidad no debió nunca asumir su cargo. Ahora, y a pesar de que tiene todavía licencia, Robledo Rincón ha sido nombrado embajador en tierras menos tropicales que la suya: la República Argentina. Siguió Emilio Chuayffet, único de la serie que se fue por buenas razones, la de ser llamado al gabinete federal, lo que lo dejó en situación de nombrar a su propio reemplazante. Y Figueroa se fue cuando un video exhibido a los cuatro vientos, y un informe norteamericano, hizo insostenible su posición. Pero se marchó con fuerza suficiente como para ser sustituido casi por su *alter ego*, por alguien que se le parece.

En Villahermosa sobre todo, pero también en Cuernavaca, la noticia de la dimisión de Rizzo debe haber causado escalofrío, a pesar de los calores de este abril que se cree febrero. Pero se deben conservar la tranquilidad queenes se hayan sentido incómodos: Rizzo no renunció por la presión ciudadana. Esa no cuenta. Lo que importa es la conveniencia del grupo que gobierna. Allí se decide a quién se despié.